

LA BASILICA

DEL SANTÍSIMO SEPULCRO.

Los cruzados.—Historia del templo.—Su descripción.—Monumentos que encierra.—Caverna donde apareció la cruz de Cristo.—El Calvario.—El Santísimo Sepulcro.

I.

Saliendo del convento de San Salvador y tomando una calle, Harat el-Nasara, calle de los Cristianos, pendiente y que forma una gran curva, pero sin duda la más limpia y mejor empedrada de Jerasulem, se llega á una plaza cuadrada que se encuentra á mano izquierda, donde algunos árabes y algunos griegos venden objetos de bisutería oriental, cuya plaza ofrece en su frente la fachada de la basílica del Santísimo Sepulcro: majestuosa fachada de piedra sillar de estilo románico, aunque conserva algún recuerdo de bizantino; monumento sublime, resta grandioso de aquellos hombres que levantándose á la humilde voz de un ermitaño, empuñaron la espada, y con la fé en el corazón y la cruz en el pecho se lanzaron á países lejanos con el alto fin de arrancar los Santos Lugares del poder musulmán; restos de aquellos héroes inmortales que concibieron y realizaron uno de los

pensamientos más grandes para las creencias religiosas, para la cultura humana; y sin embargo, á quienes la mezquina, la cínica y vil filosofía del siglo diez y ocho ridiculizó con el nombre de locos. La basílica del Santísimo Sepulcro tiene dos puertas, la de la derecha entrando, que se halla tabicada con grueso muro, y la de la izquierda por la que se penetra en el templo. Sin embargo, antes de traspasar nosotros aquellos umbrales, digamos dos palabras acerca de su historia.

Desde que murió Jesucristo ni un solo día han dejado los cristianos de visitar y adorar el Calvario y el Santísimo Sepulcro; el sitio de la ciudad por Tito cortó durante algún tiempo esta oración, pues conocedor San Simeon, obispo de Jerusalem, de que llegaba la época del cumplimiento de la justicia divina, marchó con todos los cristianos á Pella, ciudad que se levanta á la otra parte del Jordan, donde permaneció todo el tiempo del bloqueo. Aún humeaban las ruinas de la ciudad derribada cuando regresó á ellas San Simeon con los cristianos, y entonces principiaron frecuentes visitas de diferentes países á los Santos Lugares. En el año 136 el emperador Adriano desplegó un furor inconcebible contra los Santos Lugares; cubrió de escombros y de estiércol la roca en que se abre el Santísimo Sepulcro, plantó una estatua de Venus sobre el Calvario y otra de Júpiter según unos, y de Adonis según otros, sobre el Santísimo Sepulcro; pero ni esta horrible profanación ni la ensa-

ñada persecucion contra los adoradores de Cristo logró impedir que éstos veneraran aquel sacrosanto recinto, pues no pudiendo verificarlo de cerca lo veneraban de léjos, pero lo veneraban.

En el año 327, librando Constantino al cristianismo de la persecucion que desde su origen venia sufriendo, puso sus miras sobre Jerusalem, y su madre Santa Elena ayudada en su gran obra por el obispo de la Ciudad Eterna San Macario, derribó las estátuas de Vénus, de Júpiter ó Adonis, limpió de escombros el Calvario y el Santísimo Sepulcro, y construyó un templo que comprendia bajo sus naves el monte Calvario, el Santísimo Sepulcro y cuantos lugares santos rodean á estos dos principales; siendo tal la magnificencia de dicho templo, que escritores de aquella época dicen al describirlo: «Que producía el mismo brillo que un mar de oro.» Pero este templo de preciosas maderas, de ricos mármoles y de metales preciosos, fué completamente arrasado en el año 614 por el feroz Cosroes, segundo rey de Persia, quien además se llevó consigo la cruz en que Cristo exhaló el último suspiro. Por uno de los inexcrutables designios de la Providencia, la esposa de Cosroes, cristiana y hermana de Mauricio, emperador de Constantinopla, se dedicó á proteger la Tierra Santa, y á su sombra un monje llamado Modesto, despues Obispo de Jerusalem, logró construir en quince años, no un grandioso templo como el de Santa Elena, sino cuatro pequeños santua-

rios, que comprendian separadamente, uno en el Santísimo Sepulcro, otro el Calvario, otro la Cisterna donde apareció la Santa Cruz, y otro el punto en que estaba la Virgen cuando colocaron en sus brazos á su Divino Hijo muerto; cuyos santuarios se conocian con los nombres de «Iglesia de la Resurreccion, Iglesia del Gólgota, Iglesia de la Invenzion de la Cruz é Iglesia de la Virgen.» Destruídos á su vez estos cuatro santuarios por el califa Hakem en el año 1010, dió sin embargo, este mismo califa en aquel año permiso para que los eedificaran: hábiles arquitectos formaron los planos; peregrinos de todos los países del mundo cristiano acudieron allí llevando oro y plata, y los santuarios fueron reconstruidos en la forma que últimamente tenian; esto es, uno para cubrir cada uno de los cuatro Santos Lugares.

Cuando los cruzados tomaron á Jerusalem, se encontraban los Santos Lugares en el estado en que acabamos de describirlos; Godofredo de Bullon estableció en el Santo Sepulcro veinte canónigos con buenas dotaciones, y en el 1130 levantaron el templo que hoy se conoce, comprendiendo dentro de sus muros todos los Lugares Santos, que estaban, ó al campo raso, ó abrigados por pequeñas ermitas independientes las unas de las otras. Al marchar los cruzados de Jerusalem, marcharon tambien los canónigos, y los Santos Lugares quedaron abandonados sin luces y sin culto, hasta que en el año 1219 llegaron á ellos los frailes menores con

su fundador San Francisco de Asís; y pasando grandes trabajos, y sufriendo persecuciones y aun el martirio, comenzaron á establecer el culto en aquella venerable tierra. En el año 1230 Gregorio IX nombró á los frailes franciscanos guardianes de Tierra Santa, si bien no tomaron posesion de semejante privilegio hasta el 1244. En 1342 declaró Clemente VI á los frailes franciscanos guardianes á perpetuidad del Santo Sepulcro por la bula «Nuper Carissimi.» En 1555 fueron los frailes franciscanos arrojados por los musulmanes del convento que poseian en el Cenáculo, autorizándoles para edificar el de San Salvador, en que habitan, y aquel año construyeron tambien una gran cúpula sobre el Santo Sepulcro, la cual sucumbió victima de un voraz incendio en el año 1808, poco despues de haberla visitado el autor de «El Genio del Cristianismo.» Por último, los griegos no unidos alcanzaron del Sultan á fuerza de oro el permiso para reconstruir aquella cúpula; la reconstruyeron en efecto, de piedra sillar, aunque sin adornos, grande, majestuosa y sublime; esta es la cúpula que ahora existe, y esta es la que yo he tenido la honra de contemplar todos los dias durante mi permanencia en Jerusalem.

II.

Penetremos ya en la Basilica del Santísimo Sepulcro; en esa gigantesca mole de piedra labrada, en ese templo sombrío, el primero del mundo en extension material y en importancia histórica y religiosa. Si la puerta está abierta, lo que por obligacion sucede los sábados, se entra en él de balde y con libertad; pero si la puerta está cerrada, se pasa aviso al portero turco, quien en el acto de abrir recibe el «batchix.» Esto sucede porque el Sultan es el Señor del templo, y quiere ejercer en él siempre su jurisdiccion. El batchix que se les daba, segun antiguos viajeros, tenia que ser de 200 reales; hoy no pasa de 2 francos ó 2 pesetas. Yo, siempre que he ido á visitar este Santísimo templo, y he ido todos los dias por lo ménos una vez, siempre lo he encontrado abierto. Como dentro de este inmenso templo hay conventos latinos, griegos, armenios y coptos, los frailes que los ocupan, que son los verdaderos custodios del Santísimo Sepulcro, no pueden salir del templo sino cuando los musulmanes abren la puerta; así es, que de sus respectivos ritos les llevan todos los dias la comida, que colocada en cestas les entregan por un pequeño ventanillo, que se abre en la parte inferior de la puerta. Los pobres frailes que habitan en las celdas de la gran Basilica del Santísimo Sepulcro, disfrutan muy corta vida, porque sus mo-

radas carecen de toda condicion de salubridad: aquellos religiosos son verdaderos mártires de la religion de Cristo.

Generalmente no se tiene idea exacta de la Basílica del Santísimo Sepulcro, por lo cual nos esforzaremos á fin de hacer comprenderla con la posible exactitud. Es un templo de dimensiones colosales, de forma irregular, de muros gruesos, elevados, desprovistos de toda ornamentacion arquitectónica; su estilo es románico con reminiscencias del bizantino y aún del árabe, y se respira bajo sus altas naves una unción tal, un sentimiento tan hondo de religion, que el espíritu se anonada allí, porque el sentimiento se hace allí más grande que el espíritu que lo experimenta. Dentro de este templo se encuentran los tres principales lugares de la Pasion de Cristo, que son: el Santísimo Sepulcro, el Calvario, y la cisterna donde apareció la Santa Cruz. Estos tres privilegiados lugares forman las tres principales capillas del templo, pero además se ofrecen asimismo dentro de su recinto á la contemplacion del peregrino otros varios sitios, llamados hoy igualmente "Capillas," y que un dia fueron tambien testigos de los últimos cuadros de la epopeya divina, tales son: el lugar donde la Virgen y San Juan estuvieron al pié de la cruz, el lugar donde estaba la Virgen cuando le entregaron á su Hijo bajado de la cruz; el lugar donde estuvieron las santas mujeres; la piedra de la unción; el lugar donde Jesus se apareció á Mag-

dalena; la columna de los azotes; el lugar donde Longinos se convirtió; el lugar donde los soldados echaron suertes sobre los vestidos de Cristo; la columna de los oprobios, ó sea en la que lo sentaron para coronarlo de espinas; el lugar donde permaneció durante muchos siglos, y tal vez permanezca aún, la calavera de Adan; los sepulcros de José de Arimatea y su familia; el sepulcro de Melkisedec; los sepulcros de los reyes latinos; los sepulcros de Godofredo de Bullon, de Balduino y Fulques.

Nos ocuparémos, en particular, de casi todos estos lugares, dejando para el fin como objeto principal de nuestro estudio y de nuestra devocion el Calvario y el Santísimo Sepulcro. Cuando se traspasa los umbrales del templo, lo primero que se vé es un gran estrado á mano izquierda, ó sea un gran nicho abierto en la pared, á medio metro de altura sobre el suelo, en el que hay de continuo tres musulmanes, sentados al estilo oriental, tomando café ó fumando en sus grandes arguilets, cuyos musulmanes miran con indiferencia á los cristianos que van á visitar los Santos Lugares. Ya dijimos en otra ocasion, que frente á la puerta de entrada, marchando algunos pasos hácia adelante, se halla la piedra de la unción; que á la derecha de esta piedra comienza á alguna distancia la escalera que sube al Calvario, y á la izquierda, á mayor distancia que el Calvario, está el Santísimo Sepulcro. El Santísimo Sepulcro nos servirá de punto de partida para determinar las demás capillas.

A los veintiocho pasos mios del Santísimo Sepulcro, se entra en la "capilla de la Magdalena," llamada así porque allí fué dondo Jesus se apareció á la Magdalena en traje de hortelano. A cincuenta pasos del Santísimo Sepulcro, en otra direccion, se entra en la capilla donde Jesus se apareció á su Santísima Madre; cuya capilla, muy adornada y espaciosa, tiene tres altares; el del medio, dedicado á la Santísima Virgen; el del lado del Evangelio, conocido con el nombre "Altar de las reliquias," porque allí se veneró la verdadera cruz, hasta que en el año 1557 la robaron los armenios y la enviaron á su patria, y el del lado de la epístola, conocido con el nombre de "Altar de la columna de la flagelacion, porque en él se conserva la mitad de la columna donde azotaron á Cristo. Los primitivos cristianos trasladaron esta columna de casa de Pilatos al Santo Cenáculo; desde allí al templo del Santísimo Sepulcro; pero en el año 1551 la quebraron los musulmanes haciéndola pedazos. Algunos años despues, el custodio de los Santos Lugares Bonifacio de Raguse, envió un pequeño fragmento de ella al papa Paulo IV, otro á Felipe II, rey de España; otro á la república de Venecia, y se reservó el gran fragmento para Jerusalem. Este gran fragmento, para librarle de nuevas acometidas, ha sido colocado en el altar en que lo hemos visto, en un profundo nicho con dos rejas de hierro. La columna es de pórfido; el fragmento de Jerusalem tiene sesenta centímetros de altura; en el altar hay un baston con

contera de plata, que los peregrinos introducen por la reja, tocan con la contera la columna y besan dicha contera. Solo una vez al año, el Miércoles Santo por la mañana abren las rejas y se permite al público adorarla: conmigo tuvieron los frailes esa deferencia, que les agradecí mucho; abrieron las rejas y toqué con ambas manos y besé aquella santa columna. Debo advertir, que la columna que se venera en Santa Práxedes de Roma, no es, aunque los romanos lo dicen, la columna en que azotaron á Cristo, sino en la que lo tuvieron atado en casa de Caifás la noche de la Pasion, cuya columna trasladó á Roma desde el Cenáculo, donde se conserva, el cardenal Colona en 1223. Como el Sepulcro en que depositaron el cadáver de Cristo era del senador José de Arimatea, que lo habia abierto en una granja suya, por lo cual desde entonces, con más motivo, quiso ser enterrado con su familia en dicha granja, no léjos del Santísimo Sepulcro, abrió otra gruta con seis sepulturas, de las que hoy están cerradas dos, dos abiertas y dos sin concluir. Omitamos la descripcion de algunos lugares dignos por cierto de veneracion, contenidos en la célebre Basilica, y ocupémonos ya de los tres de más importante historia y de más grande interés.

III.

Uno de los puntos notables del templo del Santísimo Sepulcro, es la cisterna donde arrojaron las cruces de Cristo y de los ladrones con todas las herramientas que emplearon en la crucifixion, y que tiraron allí para que nadie las tocara, y evitar de este modo quedaran impuros, segun la ley de los judíos, por ocho dias. Santa Elena formó el laudable empeño de buscar la cruz en que el Salvador del mundo habia sido crucificado; para ello convocó á todos los ancianos de la ciudad, y consultando á éstos, y sobre todo al obispo San Macario, comenzó sus trabajos: limpió cierto subterráneo donde nada encontró; pero limpiando otro que principiaba cerca y bajo el nivel del primero, halló en él las tres cruces, los clavos, el martillo y la esponja. Bien sabidas son las pruebas que la Santa hizo para conocer la cruz de Cristo; aplicó las tres cruces á una enferma, y al tocarla con la tercera, sanó de repente: cuando la Santa salia de casa de esta enferma vió cruzar un cortejo fúnebre, aplicó la misma cruz que curó á la enferma al cadáver, y el cadáver resucitó en el acto. Existe, segun se asegura, una carta de San Cirilo, obispo de Jerusalem, á Constante, hijo de Constantino, refiriéndole este suceso. Desde el Santo Sepulcro á la entrada del primer subterráneo que abrió Santa Elena, llamado hoy Basilica de Santa Elena

median noventa pasos mios; para penetrar en esta Basilica ó subterráneo se baja una escalera de veintiocho peldaños: esta gruta ó catedral, que tiene la bóveda sostenida por cuatro columnas bizantinas, es de forma irregular; parte está abierta en la roca y parte formada por muralla; cuenta doce pasos de largo, por nueve de ancho; en ella se levantan dos altares, dedicado el uno á Santa Elena; arden en ella veinticuatro lámparas, y pertenece á los abisinios. Aquí enseñan un asiento con respaldo picado en la misma roca, llamado la silla de Santa Elena, donde dicen que se sentaba la Santa para ver limpiar el segundo subterráneo. Del primer subterráneo se baja al segundo por trece anchas gradas, cuyo subterráneo ó cisterna, donde se encontró la verdadera cruz, afepta una forma muy irregular, tiene catorce pasos en su mayor largura, y en ella no hay más que un altar construido por Maximiliano, Archiduque de Austria, que más tarde murió emperador de México. Esta capilla pertenece á los frailes franciscanos.

IV.

Uno de los primeros lugares del mundo, una de las principales capillas de la Basilica, es el Calvario. Sin embargo, como ya lo describimos en otro lugar, nos ocuparemos aqui de él á la ligera. Se-